

Comentarios recibidos para POLEMOS sobre el trabajo y ponencia de Marcio de Freitas Giovannetti

1. Abel Fernández

Hospitalidad como posibilidad de recibir a otro que no es el que esperábamos.

Escuchamos una y otra vez que los pacientes que nos llegan hoy a la consulta no lo hacen, en general, como esperamos, con una “demanda de análisis” (¿alguna vez fue así?), sino traídos por un sufrimiento cuya intensidad y modalidad ha hecho pensar a muchos en “nuevas patologías”... Frente a estas situaciones, de nuevas subjetividades, de una “nueva clínica”, asistimos, creo yo, a una ampliación del campo de aplicación del psicoanálisis pero apartándonos, en un principio, del “modelo típico” o

“encuadre clásico” de tratamiento aplicado a las neurosis tal como se presentaban hace 100 años. ¿Las condiciones culturales, socioeconómicas, actuales ponen en riesgo al psicoanálisis o a los psicoanalistas aferrados al “modelo típico” enunciado, a mi juicio, en rígidos standards que suelen quedar desfasados en relación a la realidad que nos toca vivir? Teniendo en cuenta las variadas situaciones de la clínica hoy, como las que plantea

Marcio en su trabajo, la pregunta que me surge es la siguiente:

¿Es posible variar el encuadre sin que quede modificado algo del contenido (del proceso)?

Si los fundamentos para lo que hacemos los encontramos en una ida y vuelta de la práctica a la metapsicología y viceversa: ¿se puede modificar una sin que quede cuestionada la otra? ¿Hasta dónde podemos deconstruir nuestro *setting* clásico sin que nuestra práctica devenga “análisis silvestre”? ¿Importa?

Hace décadas que asistimos a nuevos encuadres y recursos para pacientes niños, familias, grupos, patologías fronterizas, psicóticas y otras situaciones relativamente nuevas que se presentan en nuestra práctica como lo describe Marcio en su artículo. Esto parece siempre amenazar el “oro puro” del psicoanálisis y habilitar expresiones autoritarias como: “eso no es psicoanálisis”. Algunas modificaciones: frecuencia, inclusión del juego, intervenciones más allá de la interpretación y la construcción como la continentación de las ansiedades desbordantes primarias (Bion), la aproximación comprensiva (Kohut), el sostén (holding) y refuerzo de las capacidades de organización y síntesis yóicas con pacientes graves (Mahler, Winnicott, etc.) se realizan no sólo para hacer consciente lo inconsciente sino para permitir algo del orden de las nuevas inscripciones, simbolización, perlaboración y reestructuración psíquica. Pero entonces: ¿Cuál es la base común de nuestra práctica? ¿Qué variaciones admite antes de transformarse en “cobre”? ¿Cobre? Podríamos recurrir con cierta rapidez a la diferencia de objetivos en la práctica terapéutica y el psicoanálisis. En la primera se

apuntaría a la modificación sintomática y fortalecimiento yoico mientras que en el segundo se buscaría la reestructuración del psiquismo. Me parece que la afirmación es tan arbitraria y dudosa como cuando se pone el énfasis en los aspectos formales del tratamiento: uso del diván, alta frecuencia, duración indeterminada del proceso. Objetivos, recursos y cuestiones formales no permanecen siempre constantes a lo largo de un mismo proceso. Se alternan, por ejemplo, los “momentos psicoterapéuticos” con los “momentos de análisis”. ¿Habría que esperar a la finalización de la cura para, en una “segunda -o ‘tercera’- mirada”, poder conceptualizar cada práctica singular?

Volviendo a los parámetros definitorios de la práctica psicoanalítica pienso que podríamos ceñirnos a unos pocos conceptos como: el reconocimiento del inconsciente, la transferencia, la aspiración a la libre asociación y atención flotante para facilitar la perlaboración de lo que se resiste e insiste y expresa en síntomas, sueños, lapsus, actos fallidos (formaciones del inconsciente). Coincido con Marcio respecto a la importancia de “la capacidad de escucha de la palabra del otro” y seguramente esto admite una enorme posibilidad de variaciones. El psicoanálisis está siempre inconcluso, no puede definírsele de una vez y para siempre y lo re-creamos cada día con cada paciente a partir de cada uno de nosotros.

2. Susana García

Este trabajo nos interpela una vez más: ¿Cuáles son las invariaciones del método, aquéllas que de no estar presentes, harían que quedara desnaturalizada nuestra disciplina?

.....

En el primer caso se habla de un largo, trabajoso y nada convencional proceso. El paciente pudo comenzar a construir su propia casa, yo diría su propio cuerpo, ¿qué lugar ocupaba su sexualidad, con relación a un (“¿otro?”) cuerpo alquilado? Su propio espacio psíquico despoblado; me parece sugestivo ese “sólo y único objeto” que transportaba por el mundo. Crecen los objetos internalizados, se establecen relaciones, si pudo hacerlo, construyéndose desde esa metáfora de la casa, es porque hubo otro: el analista, que lo recibía y lo reconocía como otro distinto y valioso y le permitía además la continuidad existencial.

En el 2do caso el armado explicativo del paciente no le daba lugar a Marcio y entonces empieza a preguntar, también el analista tuvo que construirse un lugar y poder sentirse vivo y el paciente empieza así a tener su propio espacio porque no fue invadido, porque fue respetado por el analista y empieza a surgir otro sentido del tiempo, que es el de un tiempo compartido.

.....

Estoy plenamente de acuerdo con Marcio que el analista tiene la función central de ir construyendo con cada paciente, un encuadre posible para que el análisis se constituya, diría más, el encuadre no es ni un mito, ni un artefacto.

Quiero señalar también que Marcio habla de la deconstrucción en el analista de sus teorías establecidas para construir un espacio de intimidad, un lugar de intercambios.

En un trabajo que presenté recientemente yo planteaba: “que los aspectos centrales del tratamiento son: el sostenimiento de la transferencia, el del lugar de la palabra con su poder simbolizante y el de la

abstinencia en el sentido de no pretender educar ni inculcar valores propios de ningún tipo, manteniendo siempre la discriminación de lugares”.

En ese sentido tengo que suponer que en el trabajo de Marcio con sus pacientes se mantenían estas premisas. Lo que planteo como duda es: si como dice Marcio esas condiciones de trabajo que sin duda crean la comodidad necesaria para la intimidad, mantienen la asociación libre en el paciente y la atención flotante en el analista.

Me parece que los nuevos desafíos nos obligan a poner en jaque todos los conceptos técnicos y también nuestras perspectivas metapsicológicas, siempre parciales, siempre incapaces de dar cuenta cabalmente de la clínica, pero al mismo tiempo imprescindibles.

Marcio hace preguntas ante un paciente que lo invade con sus certezas, como dice Green con muchos pacientes no se puede esperar que surja el discurso, es necesario hacer “recalado e invite”, eso es creo lo que seguramente hizo Marcio con los tres, eso creo que es lo que permitió la ampliación del universo simbólico de los pacientes, eso creo que permitió un continente que se pudo poblar de contenidos, aunque la atención de Marcio no flotara demasiado y el paciente no asociara tan libremente, como deseáremos.

.....

Creo que el análisis implica favorecer la resimbolización, para lo cual tendremos que encontrar los modos para generar ese espacio necesario, en el que haremos desconstrucciones pero también una nueva historia, que contendrá la historia del vínculo transferencial y que posibilitará simbolizaciones no alcanzadas antes, en un comprometido y complejo proceso. Si esto no se logra, tampoco es cobre, es fracaso (que también tenemos) o cura transferencial, como la de los ensalmadores o chamanes.

3. Marta Cárdenas

Algunos comentarios:

1º) La problemática de los tres pacientes, no es la habitual, aunque sirvan como ejemplos de cómo un analista puede promover un cierto trabajo analítico fuera de los encuadres clásicos adaptándose a las posibilidades de los pacientes y logrando cambios en ellos.

2º) Me cuestiono si los cambios obtenidos, los hubiera logrado cualquier otro analista que intentara hacer lo mismo.

3º) ¿A qué se debió el cambio? En realidad eran conversaciones, en las que se daba la posibilidad de permanencia con una persona confiable con quien poder conversar, haciendo espacio para construir una historia personal, reconocida como propia.

4º) ¿Esto no podría también ser logrado en otras personas en situaciones similares, al encontrarse con un pariente o amigo confiable y persistente en el tiempo, con quien conversar, revisar su vida e ir construyendo su historia personal? ¿Por qué llamar a esto psicoanálisis?

5º) ¿Es necesario de una manera tan drástica deconstruir el setting clásico?

Estoy de acuerdo que la identidad del psicoanalista no está dada ni por el diván, ni por la frecuencia, ni por la exacta interpretación. Coincido en que lo que importa es la capacidad de escucha de la palabra del otro en estado naciente. Y también pienso que el analista debe adaptarse a las posibilidades del paciente, que el setting no debe ser rígido sino algo provisional que puede ser modificado en la marcha del proceso.

Me gusta la idea de «Hospitalidad a la palabra y al gesto del otro, diferente de nosotros mismos», para crear las condiciones de comodidad e intimidad, que hagan posible el encuentro analítico. Pero me resulta difícil pensar en «asociaciones libres» y «atención flotante», en los casos relatados de encuentros cada 6 meses o 1 año. Creo que allí operó la “magia”.

4. Juan Carlos Capo

Tengo el deseo de empezar con una cita en latín de Borges, *Nihil novo sub sole*, que habría dicho Salomón.

Creo que nuestra subjetividad, máscaras de nuestra realidad fundante –también la de los pacientes que presenta Marcio– están teñidas del color del tiempo cultural (o de civilización; Freud repite cuantas veces puede que él no separa civilización de cultura) en que vivimos. Pensar que ayer, en el siglo pasado, ¡escribíamos en máquinas dactilográficas!

La ciudad desde la que escribe Marcio, una megalópolis, es distinta a la aldeana Montevideo, pero algunos habitantes de la Mesopotamia argentina, no encuentran tan provinciana, como yo me empeño en pintarla, tal vez injustamente, a Montevideo.

Sin embargo me encuentro muy próximo a Marcio cuando dice al fin de su ponencia que no debíamos patologizar tanto nuestro psiquismo. (Recuerdo que Lacan prefería, en algún texto, en lugar de hablar de objeto patológico, decir objeto pasional).

También me encuentro alojado «hospitalariamente» por las palabras de Marcio cuando hace una adecuada crítica a rígidos parámetros en nuestro oficio, el de la frecuencia de las sesiones u otras, como las que refieren a un sacrosanto setting que ya ni sabor ni aroma da, como dice una canción, setting que se va erosionando con la acción del tiempo, y con la acción de otra forma de discurrir nuestros pensamientos, a favor de una nueva retórica, que vaya sustituyendo raíces tan poco novedosas y originales, que se me antojan caducas.

Yo prefiero hablar de un tiempo siempre cultural, porque así enlazo al tiempo (que es cultura) con la pulsión.

Estoy de acuerdo en no caer en bipolaridades. Marcio sostiene que la de naturaleza-cultura, sería una de ellas, pero me parece que esa oposición constituye algo más que una bipolaridad. Es una constitución del ser humano, si alineamos influencia de Levi-Strauss mediante naturaleza-sociedad-cultura. Y ella no es solo etnográfica, sino que es una caracterización psicoanalítica también porque aúna pulsión (la mitología, nuestra mitología, que dijera Freud), a la ley, y los malestares que la ley arrastra: *Civilization and its discontents*.

La cultura constriñe nuestra libido, nuestro narcisismo, nuestra agresividad, nuestra violencia. La violencia es poder. El derecho también es poder, sostiene Freud. Y es imposible salir de este dilema de hierro. El arte, el ser mejores (¿cómo?) quizás sea una forma distinta de poder. Pero Freud no cifraba demasiadas esperanzas en progresos humanistas. Creo que en la carta a Einstein concede bastante y cede en su reconocido pesimismo, en su escepticismo terapéutico, donde desembocó después de un largo camino, cuando partió de Tebas con más entusiasmo que cuando llegó a Colonna.

Marcio elige hermosos *centros*: la casa, es uno, la ciudad es otro, los duelos podrían constituir un tercer centro irradiante de sus ejemplos, a propósito de sus viñetas.

Empecemos por el primero. Si «at home» es nuestro cuerpo —¿y cómo podría no serlo?— y lo tomáramos como casacuerpo, yo sostendría que esa casa es lo más inhabitable que hay; hasta diría que esa casa-cuerpo es siempre poco hospitalaria.

Si es nuestro cuerpo erógeno —para decirlo con las palabras del querido Leclair— la consistencia excéntrica que adquirimos con nuestras vestimentas, con nuestras máscaras, con la dispersión de nuestros «yoes» diacrónicamente hablando, como aclara con precisión Marcio: bien; esas vestiduras son correlatos de nuestros goces y de nuestros posibles anhelos. También son nuestros endiablados síntomas, y los de nuestros pacientes.

La ciudad. San Pablo, Tokio, Buenos Aires, una ciudad galáctica, ¿distorsionan nuestras pulsiones, suprimen nuestras leyes externas-internas, las cambian por las características de la ciudad, del tiempo histórico presente recalentado, acelerado?

Ya dije que en *algo* acepto que sí.

Pero yo me refiero ante todo a las leyes del superyó interno y del superyó social.

Los personajes de *Lost in translation (Perdidos en Tokio)* pueden ser leídos como la soledad de una muchacha que pierde su ilusión, porque se va a pique su temprana experiencia de amor.

El hombre mayor, un padre, le presta, sublimatoriamente, el apoyo que ella necesita para su narcisismo herido. Este hombre es un hombre casado, es un padre, o hace de padre de esa muchacha, perdida en Tokio como él, hombre preso de la costumbre del matrimonio, que puede ser una forma del amor, pero no quiero que este aserto sea leído como una afirmación universalista, sino aproximada.

Por ahí estaría hábito, habitable, y ahí sí nos reencontraríamos con la casa y la hospitalidad, de las que menta Marcio.

¿Importa entonces que Tokio no sea la ciudad occidental a la que estamos acostumbrados? Un japonés diría que Tokio es su ciudad, y no es una pecera, ni una computadora.

Otro centro son para Marcio, los duelos. El flagelo de la ley nos hace duelar desde que Madre nos acoge, nos deja, nos olvida, nos protege, nos encuentra, nos desencuentra, nos pierde, nos recuerda. Capricho, arbitrariedad, otro prehistórico absoluto, cifra de signos múltiples que de ella provienen. Objeto bueno, objeto malo, somos cambistas en nuestro inconsciente, que nos engaña siempre. Siempre en nuestra intimidad, siempre a una cierta distancia del «Das Ding». Ella a veces demasiado cercana, y del horror del incesto (universal, transhistórico) nace la moral, y entramos en la ciudad, cultura, civilización (cuando lo hacemos). (Freud en carta a Fliess, Lacan, caracterizando a La Cosa (Das Ding) freudiana).

¿Nuevas subjetividades? Sí, pero yo hallo... Yo dudo, Marcio.

Subjetividad de la posmodernidad se ha dicho. Marcio no lo dice.

Él habla de Morin (pensamiento complejo), que no sé si complejiza de modo útil el psicoanálisis, francamente.

Creo que lo han complejizado mejor Freud, Klein, Lacan.

Para ubicar las referencias derivadas de la agresividad de los hombres, concuerdo con Marcio con sus ejemplos del ataque a las Torres, de la réplica y bombardeo de Mesopotamia, hombres armados contra hombres armados, pero

digamos más: a veces hombres armados contra hombres desarmados, en ambos campos: la ley de la guerra, quienes más muertos produzca tendrá el poder. ¿Puede la cultura hacer algo ante ello? No perdamos nunca esa esperanza.

¿No hay bastante para reflexionar acerca de esto en las cartas que intercambiaron Einstein y Freud, *¿Por qué la guerra, o «Moral sexual cultural y la nerviosidad moderna, o El malestar en la cultura?»*

Ya termino, amigo Marcio.

Quizás el psicoanálisis aporte el consuelo en el desconsuelo— lo digo con palabras de Miguel de Unamuno, no puedo evitar una filiación existencialista en el aserto, pero bueno, me salió así— y trae venturosa-mente la sublimación en la carrera perdida que tiene el hombre con la muerte, ese amo absoluto, esa castración ineludible.

El psicoanalista es imprescindible presencia hollando esos caminos, es Teseo o es acompañante de Teseo, decididos ambos de modo desigual y vacilante, a enfrentar al Minotauro, y entonces quizás hallar el hilo de Ariadna que permita salir del laberinto. Esa es la imprescindible impostura analítica.

5. Nelson Gottlieb

El texto es apasionante por lo provocativo.

El concepto de hospitalidad (Derrida lo desarrolla emotivamente en el discurso que da frente al entierro, el Adiós de su maestra Emanuelle Levinas), se liga con el de política, polis. El habla de política, de hospitalidad. En realidad la invitación es a pensar que cuando hay más de una persona, ese encuentro es un tema de la polis, de la política.

Hospitalidad es la acción de recibir al otro y su otredad. Levinas habla de un concepto básico para la hospitalidad: «el rostro» del otro, que es no tematizable, que tiene una cualidad de ajenidad imposible de inscribir y que sin embargo tiene un poder (nos hace hacer), nos obliga a hospedarlo.

Hay un planteo de fondo, en el trabajo de Marcio sobre los cambios de paradigma que implica el pasaje del capitalismo sólido al líquido.

El concepto de permanencia (propio del encuadre) corresponde al capitalismo sólido, en donde se sabe de antemano que sucedía, había una coacción del Estado en la simbolización y el tiempo era secuencial y progresivo y el espacio un territorio fijo a conquistar y colonizar.

A partir de los 90, la secuencia del capitalismo dio lugar a la fluidez (pensadores como Ignacio Lewkowicz y Zygmund Bauman han pensado sobre la fluidez y lo líquido) en donde el Estado no puede garantizar las inversiones, ni puede retener al capital fluido. La fluidez hace cambiar los conceptos de tiempo, lo simultáneo producido por la técnica (piensen en el ataque a las torres gemelas y su visión simultánea por el mundo occidental).

En realidad de lo sólido (pienso en la fortuna de Ford, haciendo cada vez fábricas más grandes o Rockefeller construyendo grandes edificios) se pasa a lo líquido (Bill Gates dona parte de su fortuna, se desprende rápidamente del dinero, ya que el poder es hacer circular fluidamente el capital).

Del panóptico (descrito por Foucault) se pasa a otra forma de control (piénsese que a partir de la guerra del Golfo no es un objetivo militar la conquista territorial, sino que el objetivo es diluir las barreras que obstaculizan el fluir del capital).

Al capitalismo sólido se le resistía, al líquido debemos pensar las nuevas formas que plantea en la subjetividad y poder crear un espacio real, una

narrativa que dé una existencia real, como plantea el trabajo de Marcio. Yo diría que el objetivo en la liquidez es la creación de redes, de nudos, de esa narrativa que da una existencia real. En donde se puedan encontrar sujetos como extranjeros y ser hospedados (recibidos) por su condición de tal. Eso a los psicoanalistas no nos debiera de asustar. El otro, el inconsciente, es algo que el dispositivo freudiano (invento genial como forma de responder al capitalismo sólido), desarrolla a partir del encuadre.

Si cambian las pautas de circulación del capital, de las palabras, ¿no tendríamos que poder pensar el encuadre, que está dirigido a hospedar al otro? No se puede pensar con pautas sólidas, sino poder ver las situaciones. De cada situación puede emerger (o no) la posibilidad de hospedar al otro. Esto nos lleva a un cuestionamiento de las identidades a priori. Analista y paciente, no son definiciones anteriores al encuentro, son posteriores. Si cada encuentro (en el mejor de los casos) nos da, nos arroja algo de una identidad, entonces como trae Marcio, diremos que el sujeto es múltiple y fragmentario. Su multiplicidad y fragmentación se conecta con la posibilidad de hospedar lo radicalmente otro, que viene del otro.

Hospedar al otro (responsabilizarse por el otro, diría Levinas), no es una definición anterior al encuentro con el otro. Debemos (estamos obligados dice Levinas) hospedar, ser rehenes (obsérvese la violencia del término REHEN) del otro. De lo ajeno del otro. Ajeno que marca una otredad radical, no inscripta de antemano en uno y por lo tanto no conocible (menos aun re-conocible) previo al encuentro.

Pero hay formas de eludir al otro y su otredad:

En una charla con Marcelo Viñar, que es parte de un ciclo que se llama: *Hospedar lo(s) extranjero(s)*, Marcelo hablaba de los extranjeros, fronteras y subjetividad. Allí surgieron cuatro formas de no lidiar con el otro ni con su otredad.

1) El comerse al otro, lo que hace al y el yo de convertir en propio lo diferente.

2) El expulsar al otro, lo que hace el yo placer purificado, en donde todo lo displacentero lo expulsa y lo hace “desaparecer». Estos dos mecanismos fueron descritos por Levi-Strauss, el primero elimina la otredad, el segundo al otro.

3) Los no-lugares, como Marcio trae, las autopistas, los ascensores, los aeropuertos. Son lugares en donde el encuentro con extraños está regido por pautas simples que hacen imposible una interacción y por lo tanto el conflicto. Incapaz de producir una narrativa que arroje a un sujeto real, una subjetividad. Quizás debamos pensar los shoppings como no-lugares en donde los participantes se vuelven homogéneos y de ciudadanos se convierten en consumidores.

4) Lugares vacíos. Cuando se realiza un mapeo de la situación, son lugares que no tienen sentido y no puede uno sacar sentido de ellos.

Estas cuatro fórmulas las describe Bauman, en su libro *Modernidad líquida*. Cuenta que fue a un congreso y que lo esperó en el aeropuerto un colega que lo llevó al hotel en media hora. Cuando se fue de ese país, se tomó un taxi y el camino del hotel hacia el aeropuerto demoró 10 minutos. El taxista lo llevó por barrios pobres que seguramente para el colega eran lugares vacíos, inexistentes.

El encuadre tiene el sentido de hospedar la otredad (inconsciente) del otro, de ahí la cláusula imperativa de la libre asociación para el paciente y de la abstinencia para el analista.

Tendríamos que darnos la oportunidad de preguntarnos si en el encuentro analítico somos capaces de generar un lugar (hospedamos) para la otredad del otro.

6. Laura Veríssimo de Posadas

El trabajo de Marcio apunta muy certeramente a lo que me parece fundamental, a una actitud que si no está no hay analista: la disponibilidad a alojar lo extraño, lo imprevisible, lo que no podemos identificar. La palabra que elige Derrida (“visitación”) evoca el escenario espiritista: la visitación del espíritu del muerto... del fantasma, y claro que es peligroso, en tanto nos enfrenta a un más allá sobre el que no tenemos control, a la “inquietante extrañeza” de lo más otro. Lo analítico entonces consiste en la osadía, de atreverse al riesgo de adentrarnos por caminos que no sabemos a dónde nos llevan. Lo que implica, no intentar entender demasiado pronto, no buscar reducir lo nuevo a lo ya conocido, imponiendo la lógica propia de lo secundario y taponeando la expresión de lo inconciente, con lo que quedaríamos trabajando al nivel de lo preconciente. Y ésta es una tendencia a la que nunca dejamos de estar expuestos, si nos dejamos llevar por ella vamos a perder, seguramente, lo “inédito”, aquello que aún no ha logrado escribirse de algún modo, lo hecho cuerpo (amor, locura, muerte) pero no palabra (como los vestidos-piel descartados cada vez por la paciente de Marcio).

.....

Propongo que lo que nos dicen Derrida / Marcio, respecto a hospedar-ser hospedado, lo pensemos no sólo en relación a nuestra práctica clínica sino también en relación a nuestras prácticas institucionales, en nuestras relaciones entre colegas.

Tenemos una enorme dificultad de hospedar lo más singular del otro, lo más distinto de uno mismo, entonces caemos en un doble discurso ya que solemos rechazar lo que dijimos querer promover.

El corpus teórico es, para mí, un referente ineludible (sin el cual caemos en una práctica esotérica o un supuesto arte del que no habría que dar cuenta, postura ésta con la que discrepo radicalmente). La constitución de la identidad del analista pasa por la apropiación subjetiva de la/s teoría/s. Necesitamos ir haciendo construcciones, que sabemos instrumentales y provisionales, es sólo sobre algo previamente construido que se puede hacer un trabajo de deconstrucción. Por eso sigue vigente aquello que Marcio proponía en un viejo trabajo: la importancia de que cada aspirante a analista haga su propio trabajo de traducción de la obra del fundador. Me parece que ése es uno de los modos de sortear uno de los mayores obstáculos para constituirse como analista, a habilitarse como tal: el sometimiento a la autoridad, la autoridad de las teorías, la autoridad de los maestros, la autoridad de los discursos que se pretenden hegemónicos...